

Índice

La economía baja a la calle (y a las plazas). . . .	7
I. ¿Quiénes son «los mercados»?, <i>Nacho Álvarez Peralta</i>	15
II. ¿Por qué las agencias de calificación tienen tanto poder?, <i>Bibiana Medialdea García</i>	22
III. ¿Cómo una crisis financiera en EEUU llegó a convertirse en una grave crisis financiera y económica mundial?, <i>Luis Buendía García</i>	29
IV. ¿Cuál es el papel de los bancos en la crisis?, <i>Antonio Sanabria Martín</i>	36
V. ¿Por qué ahora son los estados los que están en crisis?, <i>Ricardo Molero Simarro</i>	43
VI. ¿Por qué hay amenazas sobre España si su deuda pública no es elevada?, <i>Ricardo Molero Simarro</i>	49
VII. ¿Cómo se concreta «la dictadura de los mercados»? , <i>Luis Buendía García</i>	56

VIII. ¿Por qué la suspensión de pagos de un país europeo pone en peligro al euro?,	
<i>Antonio Sanabria Martín</i>	63
IX. ¿La salida del euro sería una solución?,	
<i>Nacho Álvarez Peralta</i>	70
X. ¿Es posible enfrentar la dictadura de los mercados?, <i>Bibiana Medialdea García</i>	77
XI. ¿Cuáles podrían ser los primeros pasos?, <i>Bibiana Medialdea García</i>	85
Bibliografía para profundizar	91
Autores y autora	94

La economía baja a la calle (y a las plazas)

Según datos de Metroscopia, siete de cada diez españoles creen que se debería prohibir cualquier tipo de asistencia con dinero público a las entidades financieras con problemas y que, de asistirles, deberían ser nacionalizadas. Además, nueve de cada diez exigen a estas entidades la devolución del dinero público recibido.¹ Podemos afirmar que en nuestro país ya existe la percepción generalizada de que el gobierno está gestionando la crisis de una forma muy injusta. La gente identifica sin mayores problemas qué grupos sociales se beneficiaron del mal llamado auge económico anterior (impulsado por la burbuja inmobiliaria y la expansión financiera) y, sin embargo, sobre qué grupos recae ahora la factu-

1. Publicado en *El País* (29/08/2011). Disponible en http://www.elpais.com/articulo/reportajes/respeto/mandan/elpepusocdmg/20110828elpdmgrep_4/Tes.

ra de la crisis: las personas que viven de su trabajo y dependen de los servicios y las pensiones públicas para llevar una vida —presente y futura— digna. El caso de los colectivos más golpeados, como la población desempleada que no recibe prestaciones suficientes o las familias a las que se desaloja de sus viviendas habituales, se percibe, de forma general, como inadmisibile.

Y sin embargo, esta percepción generalizada de la injusticia convive con la impresión, también muy extendida, de que «las cosas no pueden ser de otra manera». Nos han robado la capacidad de decisión sobre los asuntos fundamentales de nuestras vidas, pero ¿quién? La economía, los mercados, las agencias de calificación... unos poderes invisibles y abstractos frente a los que ni los gobiernos más poderosos del planeta osan enfrentarse. Lo llaman democracia, no lo es, y ya ni siquiera tratan de ocultarlo de una forma mínimamente convincente.

Una sociedad capitalista tiene como motor fundamental de su movimiento la economía y, en particular, la rentabilidad. En situaciones críticas como la actual, este «gobierno económico» se permite menos concesiones y pasa a ejercerse de forma más severa y explícita. No es casualidad, por eso mismo, que el conocimiento de todo lo que tiene

que ver con la economía se presente como algo oscuro, técnico, casi sobrenatural; en cualquier caso, indiscutible. Nunca los medios de comunicación y los políticos profesionales nos han hablado tanto de economía. Supuestamente nos informan de lo que ocurre, pero por más que leemos y escuchamos no nos dan las claves que contestarían las preguntas fundamentales: ¿Cómo hemos llegado a esto? ¿De qué manera podemos salir de esta situación minimizando el coste social del desastre? ¿Qué se puede hacer para que una crisis de esta gravedad no vuelva a producirse? Obviar estas preguntas, así como las informaciones que nos llevarían a planteárnoslas, no muestra solo la incompetencia de la clase política y de la mayor parte de los medios de comunicación. Es la forma más eficaz de garantizar que, a pesar de la hecatombe social que ha generado, los elementos básicos del sistema económico no se cuestionen. Ahora es más necesario que nunca asegurarse de que a toda esa gente que está tan indignada no se le ocurra intentar mover unas piezas que, por supuesto, podrían mover.

Transmitir la idea de que, aunque sea injusta, esta es la única forma posible de afrontar la crisis es la tarea fundamental de aquellos grupos sociales que se benefician del orden actual, así como de

los que representan y defienden sus intereses. Y el discurso económico, como tantas otras veces a lo largo de la historia, es su mejor aliado. Tres son los elementos en que se basa el discurso económico hegemónico para lograr ese objetivo. En primer lugar, plantea (explícita o implícitamente) axiomas más que discutibles pero que logran instalarse en el «sentido común» colectivo: «El mercado funciona». «Lo público es ineficaz». «Bajar los impuestos genera bienestar». «La globalización imposibilita el control del capital financiero». «Los bancos privados solo responden a su interés particular, tienen comportamientos parasitarios y ponen en peligro a toda la sociedad, pero los necesitamos». La evidencia histórica y los conocimientos disponibles desmienten este tipo de ideas que, sin embargo, conforman el sustrato constituyente del discurso económico general. En segundo lugar, se otorga a los fenómenos económicos un carácter eminentemente natural: sobreviene una crisis como si fuese un huracán; los mercados nos golpean como lo haría un tsunami; la prima de riesgo sube o baja de forma tan autónoma como lo hacen las mareas. No hay, por tanto, regulaciones aprobadas por partidos políticos concretos que permitieron un *boom* inmobiliario y una expansión crediticia

desenfrenada, ni inversores privados también concretos apostando contra la deuda pública de un país y obteniendo beneficios con la operación. El último ingrediente es lo que podríamos llamar las realidades económicas invisibles, aquellas esenciales para entender el curso de los procesos económicos pero de las que nunca tenemos noticias. Cuando un ataque especulativo «sacude» los mercados españoles, ¿por qué no nos informan, con nombre y apellidos, de los bancos (normalmente pocos, en buena medida españoles) que lo han protagonizado? También es fácil saber el dinero que gana cada uno de ellos con la operación, lo cual no puede dejar de considerarse una información de interés general. Los telediarios nos torpedean con datos de deuda y déficit, justificando los sacrificios que debemos estar dispuestos a asumir para corregirlos. ¿No sería interesante que nos informaran, de paso, sobre el origen de esa deuda? ¿Qué tanto por ciento responde a los fondos transferidos —de una u otra forma— a bancos y grandes empresas? ¿Y cuánto se debe a la supresión del Impuesto sobre Patrimonio? ¿Y a la baja del tipo de gravamen del Impuesto de Sociedades?

Este texto surge para abrir y participar en esas discusiones fundamentales que, precisamente por

serlo, son hurtadas a la ciudadanía. Con la intención de hacerlo de la forma más directa y clara posible, se ha organizado en torno a once preguntas básicas. Las respuestas se espera que sean accesibles a cualquier persona interesada en comprender cuestiones económicas centrales del momento actual. A lo largo del texto se han evitado tecnicismos, datos y referencias que no se han considerado imprescindibles para garantizar la comprensión y el rigor de los temas tratados. No obstante, al final se facilita una lista de referencias para aquellas personas interesadas en profundizar. Sobre el grupo de los autores y la autora cabe destacar la coincidencia de dos elementos, que explican su trayectoria de trabajo conjunto. Por un lado, su formación: académica, en el Departamento de Economía Aplicada I de la UCM; y política, en el seno del movimiento estudiantil y en torno a la asociación Economía Alternativa. En segundo lugar, su constante y muy temprana vocación divulgativa. El afán por «bajar la economía a la calle», pero hacerlo sin renunciar a los requisitos básicos exigibles a toda labor investigadora, dio como primer resultado de su trabajo en común —junto a otros autores— la obra *Ajuste y Salario. Las consecuencias del neoliberalismo en América Latina y EEUU* (FCE, 2009).

Afortunadamente, cada vez son más las grietas y goteras que ponen en evidencia la falta de rigor y los intereses implícitos en el discurso económico dominante. La creciente dinámica de movilización social que vive nuestro país desde el 15 de mayo dota a esos cuestionamientos de la fuerza necesaria. La rapidez con la que en la mayor parte de las plazas se crearon comisiones de economía y la seriedad con la que estas comisiones trabajan es buena prueba de ello. Las masivas manifestaciones que el 19 de junio se celebraron por todo el país en contra del Pacto del Euro, sentando un precedente histórico en un país donde todo lo que viene de Bruselas se considera «intocable», es una segunda evidencia. Los reflejos de una ciudadanía que en esta ocasión no se ha dejado convencer con el argumento de «lo inevitable», y que se ha echado a la calle en contra de una reforma constitucional que institucionalizará los recortes sociales y la demolición de nuestro precario Estado de bienestar, es el tercero en una lista de ejemplos que, con seguridad, no dejará de crecer.

En La Herradura (Granada)
finales de agosto de 2011

